h e l a d o

(Por Rudy) –Mientras baila
el sambayón
en la crema americana
el tipo, lo más banana
sigue haciéndose el melón
Se vino todo bañado
es más, se puso del suizo
¡estaba un kilo el petiso
con su traje granizado!
Ella en su soirée vainilla
ojos kiwi, y digo mucho,
¡Parecía un cucurucho
con su boca de frutilla!
El vino de cucharita
y le dijo, despacito
¡Ojalá fueras vasito
para pasar la lengüita!
Y aunque el sundae la tienta
la cara se le enframbuesa
Dice ¡no! con entereza
aunque después lo lamenta
El, con su banana split
se retira un tanto mousee
con su pomelo y su cruz
mientras la caja hace ¡plin!

–Bueno, pero ¿de qué lo quiere?
–Ay... ¡la verdad, no sé!

Verano/12

Las heroínas de Cecilia Szperling (Buenos Aires, 1963) se mueven de aquí para allá. Siempre al borde de algo o de alguien. Hasta que descubren que, en realidad, no hacen más que escapar de sí mismas. La compulsiva protagonista de este relato no es la excepción: una chica en constante movimiento. Alguien que entra y sale de cursos y trabajos como si en ello le fuera la vida o, por lo menos, la posibilidad de ser alguien, si no mejor, al menos diferente.

EL CURSO Revlôme

Por Cecilia Szperling

Un día tu novio te deja de querer. Te sorprende. Quizá te estabas probando un vestido nuevo frente al espejo, fucsia, diseño años setenta, con cierre largo que sube por el cuello. A cualquiera le puede pasar excepto que yo no contaba con la preparación necesaria.

No te das cuenta. Porque de algún modo no querés aceptar ciertos indicios. Como el día en el que me corté el pelo y él sólo tuvo palabras desalentadoras. El pelo largo era mi verdadero ser y yo no debía falsear mi identidad. Martín quería que yo sea igual a mí misma. Para mí era imposible. En realidad yo ya no encajaba en la imagen que él tenía de mí, en el fondo eso era todo.

Yo viví con una estrella de rock y un perro. A decir verdad, Martín todavía no era un rockstar pero tenía las condiciones para serlo. Pasaba todo el día con su guitarrita y sus cuadernos con letras. Algunas me hacían reír mucho. En cuanto a Solo, el perro, si lo cruzo no lo saludo. Nunca me gustaron los animales.

En esos días en que Martín me dejaba de querer, yo no podía expresar mis sentimientos. Además él acaparaba todo el sufrimiento para sí. Decía que la vida no tenía sentido sin mí. "¿Entonces, por qué te vas?", le pregunté. Nunca entendí sus respuestas, eran demasiado complicadas. Me pareció que estaba influenciado por una película que habíamos visto juntos en donde el héroe, un antihéroe moderno, quemaba la casa donde vivía con su mujer y se iba al desierto. Me parece que el cine ejerce una influencia violenta sobre algunas personas. Estaba asustada de que quisiera quemar la casa. "Lo de la casa es simbólico", me tranquilizó Martín.

Un amigo me había recomendado a una agencia de publicidad. Ese verano Buenos Aires era una caldera, se podían quedar clavados los tacos de tus zapatos en el asfalto caliente. El sol no daba respiro y la ciudad se veía como una película argentina de los años setenta: mal iluminada. Edificio Catalinas. Piso 15. En el ascensor transpiré, sufro los encierros y losespejos tan cerca. Una mujer con collar de perlas y uñas pintadas me recibió detrás de un escritorio. Me imaginé como modelo de TV. Esa misma tarde me encontré en la estación Retiro vestida de Condorito. Lo peor del disfraz eran esos ajustadísimos pantalones negros que los pasajeros del tren se dedicaban a mirar. La caminata desde la lujosa oficina hasta la estación fue desoladora. Al llegar, la organizadora nos dejó a las cinco chicas Condorito librada a nuestra propia suerte. Esa noche soñé que un bobo pájaro verde me picoteaba la cabeza hasta hacerla sangrar.

Martín se fue a Chile. Me empleé en una farmacia donde me enviaron a estudiar al Curso Revlôme de belleza. En el curso tiñeron didácticamente mi pelo castaño de rojo en frente de la clase. Dos lágrimas rodaron por mis mejillas, las vi por el espejo.

Cuando volvió Martín me contó que se paró en el borde de un acantilado.

–No pude disfrutar. Quería tirarme y destruir mi vida –dijo. Y agregó: –No sabés lo mal que la pasé.

Pensé que quizá por mí, pero no encontré ninguna evidencia que lo confirmase. O sufría una crisis de identidad o mentía. En fin, según los testimonios fotográficos el sol doraba su cuerpo desnudo y el de sus amigos y todo parecía estar en armonía.

El galpón refaccionado Revlôme quedaba en el barrio de Chacarita. El lugar se parecía a un aeropuerto. De paredes plásticas lisas y rosas. Un afiche central con una modelo de labios colorados y fondo de playa y palmeras. Aire acondicionado permanente que nos obligaba a abrigarnos por más que afuera hiciese calor. Un aeropuerto femenino. Sólo entraban mujeres: jefas, inspectoras, estudiantes como yo y personal jerárquico. Creo que del otro lado del galpón funcionaba una fábrica y un depósito pero jamás me crucé con un hombre excepto con el cocinero que era el encargado de nuestros almuerzos.

Revlôme ocupaba mis días completamente y la rutina diaria me hacía sentir en una cárcel. En una prisión de mujeres que no habían cometido delitos. Las chicas estaban orgullosas de ser enviadas al curso. Nuestras compañeras habían quedado detrás del mostrador y nosotras teníamos el privilegio, al finalizar el curso, de lucir nuestros uniformes bordeaux y rosa. De alguna manera estaba resguardada y amparada. No como Martín aislado en las montañas.

"Para lograr una apariencia siempre fresca" o "ayuda a crear una apariencia perfecta disimulando las líneas de expresión" o "proporcionándole una apariencia jovial". Eran los lemas del curso. la palabra *apariencia* aquí y allí, en una mezcla de (a) honestidad: es sólo apariencia lo que obtendrá y (b) resignación: es sólo apariencia lo que buscamos. Tenía mi carpeta rosa con los apuntes. Había caras dibujadas. Distintos tipos de boca, de ojos, de cejas. Patricia era nuestra instructora. Ella tenía una apariencia perfecta, como dibujada. Parecía un afiche de publicidad parlante. Cada día llevaba un trajecito distinto, mezcla de diva de TV y de secretaria ejecutiva. Me sorprendía su manera de hablar casi sin mover los músculos de la cara.

En el curso descubrí qué poco conocía yo mi propio rostro. Y que no tenía idea de cómo me veían los demás. Excepto por Martín que decía que yo era igual a él, que cuando me miraba a los ojos se perdía y no sabía cuáles eran los suyos y cuáles los míos, ¿raro, no?

Una mañana, mientras tomaba el desayuno, Solo se pasó la lengua por su hocico exactamente como un niño que se limpia la boca después de comer un helado. Su mirada casi humana me cortó el aliento. Por la noche bostezóigual que un adulto que lleva unas horas leyendo un libro. Después me hizo un gesto con la pata "vení, vení", igual a como me llamaba mi madre. Tuve que bajar y dejar la casa. Me pareció que en cualquier momento Solo, como Pinocchio se transformaría en un ser humano.

Patricia, la profesora Revlôme, se sentó a mi lado a la hora del almuerzo y sin que yo dijese una palabra sacó de una pequeña carterita un diminuto álbum de fotos. Eran las de su casamiento. Ella y su futuro esposo, un comandante de Aerolíneas, se veían como dos modelos posando para la revista *Casamientos*.

–La noche de bodas fue en el Sheraton, por supuesto a cargo de la empresa. Cuando entramos encontré un ramo de rosas rojas, una botella de champagne y una tarjeta de buenos augurios firmada por la compañía R. El viaje al Caribe lo pagó A.A. Aunque, no te equivoques –dijo Patricia mirándome a los ojos–, porque así como me ves no tengo un peso.

Intenté reconciliarme con Solo.

–No hay nada que temer –me dije y lo llevé a dar un paseo por la plaza. Estaba oscura y desierta. En un sector vi tres luces amarillas encendidas. La calesita funcionaba. Alguien paseaba sentado en un chancho que subía y bajaba. Era el dueño. Después vi a una mujer que iba en un cisne. Pensé que debía ser su esposa. Miré hacia el otro lado. La luna era gorda y gigante y estaba apoyada en el piso.

A Solo no lo podía mirar de cerca. Sus bufidos daban la sensación de que hablaba consigo mismo. Creo que en esos días lograba expresarse mejor que yo. Yo estaba en sordina, aturdida, sin saber cómo pararme o qué vestido ponerme. Al irme en la mañana le di un Valium. Estaba muy ansioso. Cuando regresé dormía. Esa noche lo dejé en la casa de la madre de mi ex. Cerré la puerta y no hice caso de sus reclamos. Había decidido cortar mis relaciones con los animales.

Martín comenzó a grabar su primer disco. Cuando nos veíamos me decía que estaba deprimido. Que nada tenía sentido. Un amigo me contó que lo vio por la calle de la mano de la cantante de coros del grupo.

"Cada recuerdo es un reproche", era el título del corto que filmábamos con Juani. Tenía que hacer de una viuda que caminaba por la Recoleta, se metía en una bóveda y aparecía en el medio del río. Creo que no debí esforzarme para interpretar ese rol.

–Estoy cansado de hablar de mí mismo –me dijo Martín una tarde en la que me vino a buscar al curso.

–¿Es que no tenés otro tema de conversación? –le pregunté. Se sintió incómodo entonces preferí seguir hablando de él, de otro modo sabía que se habría terminado nuestro encuentro.

El curso Revlôme terminó y salí a la calle con mi uniforme, un maletín repleto de cosméticos que me durarían por dos años y mi pelo teñido a negro con flequillo. Me aplicaba *make-up* pálido en la cara y los labios color cobre. Esa tarde la plana mayor de la compañía nos había condecorado. Al día siguiente regresé a mi trabajo en la farmacia. Vistiendo el uniforme bordeaux y rosa ya no era la misma de antes y las miradas de envidia de mis compañeras se clavaban en mi espalda. Una de ellas me encargó que limpiara con un trapo el polvo de los artículos. Ese trabajo no me correspondía y como me puse furiosa se cayó encima mío el *Look Tremendous* en pleno. Sabía que la destrucción me iba a costar caro por lo cual aproveché una herida superficial para salir corriendo al hospital. Nunca más volví a esa farmacia de la calle Callao.

En vez de ir al hospital fui a parar a la casa de Malena, que siempre me recibía en mis desgracias. Me dijo si quería formar parte de un evento en una discoteca. Acepté y esa misma noche me llevó a ensayar. Nos tomó ocho horas el ensayo. Al día siguiente sería nuestro evento. *Crimen* era el título. Llamé a mi madre y la invité a mi actuación protagónica. Esperó resignadamente que se hiciesen las dos de la madrugada. La pista a oscuras, el sonido de un disparo, un único foco sobre mi persona, los disparos, la sangre, los gritos, creo que fue al baño a vomitar, pobre mamá. Yo le había advertido que era fuerte, en fin, me dio un ramito de margaritas arrugadas que había aplastado mientras veía el show.

Sirvió para que recibiese su visita al día siguiente, ni siquiera conocía mi casa. Traía dinero y comida y me preguntó si me encontraba verdaderamente bien. Yo estaba bastante bien. Sobre todo ahora que no tenía que rendirle cuentas a ella. Habitaba ese pequeño departamento en el barrio de Once. Viniendo de un barrio de casas bajas, atravesar la plaza Once a las 4 de la madrugada sola, me resultaba una experiencia atrapante. Más de una vez v[illegible] cuerpos en el piso, mujeres arrastradas de lo[s] pelos y hombres que se agarraban a trompadas en la calle Hipólito Yrigoyen.

Yo hablaba y hablaba. Martín me miraba con fastidio.

–¿Por qué tratás de encontrarle a todo una razón? –me dijo.

–No sé... me gustaría que todo esto tenga una explicación... fueron tres años...

–Para mí, es como si te conociera de antes de nacer. Lo nuestro es tan fuerte que siento que fuimos compañeros en el jardín de infantes –dijo y me tomó la mano.

–Soy dos años más grande que vos. No no



hubiera tocado el mismo grupo.

–Mirame a los ojos. ¿Yo soy la persona más importante en tu vida también, no? –dijo suplicante.

Me propuso ir unos días afuera. Yo estaba muy nerviosa porque trabajaba todo el día en el Supermercado Norte y por las noches ensayaba números musicales con dos transformistas amigos de Malena. Fuimos a Banco Pelay, Entre Ríos. Frente al río me pidió que me lavara el make-up que tenía en la cara y que me conectara con la naturaleza. Intentamos armar una carpa tan liviana que cabía en una pequeña bolsa. No tuvimos paciencia para leer las instrucciones. Nada coincidía, ni los caños metálicos, ni los parantes y estacas, ni la tela de avión color azul. En otras épocas habíamos atravesado el sur argentino y el tiempo estaba a nuestra disposición para el más mínimo detalle. Conocimos aguas transparentes, comimos truchas, hablamos con alemanes sorprendidos por tantos kilómetros desiertos, conocimos un grupo de chicos que hacían imitaciones de la serie "Bonanza" y un grupo de chicas que lo asediaban a mi ex futuro rockstar.

Lloré de ansiedad e impotencia y hubiera quemado esa inútil carpa. Caminamos por las calles de tierra del pueblo. Unos niños con bolsas de arpillera desde la cabeza a los pies, nos asustaron. Era noche de carnaval. En la plaza principal, rodeada de calles empedradas, vimos el desfile de cabezudos: cabezas gigantes donde sólo se ven los pies y los tobillos del disfrazado. La familia de pollitos, los mercedes de "Dallas" y "Dinastía" con sus personajes adentro. Las calles estaban iluminadas con bombitas de colores. El aire era caliente y dulzón y el cielo azul y sin luna. Vi cómo uno de los pollitos paseaba solo por el medio de la plaza. Me parecía que en cualquier momento explotaría una bomba haciendo volar este carnaval por los aires. En realidad Martín la había programado y me había llevado a ese lugar lejano para convencerme de que la hiciéramos explotar juntos y termináramos con todo de una vez. Fuimos a parar a una posada. Mientras él dormía decoloré mi pelo y le puse un líquido para que quedase plateado.

En Buenos Aires me tocaba bailar en un lugar gay. Un sitio donde no pasan los fotógrafos. Esta vez yo estaba vestida de hombre y Luis de mujer. Las personas del lugar le gritaban "Carne". Todos me decían que vestida de marinerito era igual a Martín. Pensé que quizá tenía razón cuando me decía que nos estábamos mimetizando. Esa noche me asusté al verme reflejada en el espejo del camarín.

En el Supermercado Norte subí once kilos. Me tomó tres meses solamente, es que me sentía entusiasmada con mi capacidad para meterme en el estómago todo lo que veía. Estaba eufórica pero algo en mí fallaba. Como si un ácido extraño me corroyera por dentro. Algunos conocidos no me reconocieron en las calles. Es que cambiaba de apariencia constantemente. Mis hermanas, que comían sólo lechuga como pajaritos, se preocuparon seriamente. Conseguí pastillas para adelgazar que tenían sedantes y otras cosas. Me enteré cuando mi cartera ya estaba llena de píldoras de todos los colores. Después fue mi estómago el que estuvo lleno de todos esos colores. Mi vecino, Santiago, que era técnico de sonido, me hacía escuchar grabaciones de agua. Estaba obsesionado con su canilla y su bañadera e intercambiamos píldoras de colores brillantes.

Una noche me encontré con Martín en la pizzería San Martín de la avenida Santa Fe y Salguero. Estaba grabando su primer disco. Enseguida llegó Juani, mi mejor amiga, que comió con nosotros. Martín decía que estaba deprimido o angustiado o en crisis, no me acuerdo muy bien.

Yo, por mi lado, como si estuviera borracha, conté lo mal que me había hecho sentir alguien aquella vez en la farmacia, que me habían mandado a sacar el polvo de los estantes y barrer los pisos y que ese no era mi trabajo. Creo que lloré o sollocé. Juani trató de hacerme chistes y me dijo que yo le prestaba demasiada atención a cosas sin importancia. Martín me preguntó qué haría si lo viese con otra mujer. Decidí no contestarle. Después habló y habló de su disco y criticó la comida del lugar hasta hartarnos.

–Me parece que tenemos que irnos –dijo Juani. Fuimos a casa y hablamos toda la noche de lo egoísta que era Martín y del viaje de Juani que en una semana se iría a Nueva York para siempre. Dormí pocas horas. A la mañana encontramos el vidrio del auto de Juani roto, le habían robado el pasacasete.

Los once kilos los bajé en tres meses. Esos tres meses creo que los pasé con un único vestido azul que era amplio. Volví a recobrar mi ropa y ya me reconocían por la calle. Despedí a Juani en Ezeiza. Me llevó una amiga de ella que tomaba cocaína mientras manejaba y me repetía la historia de una muñeca que sus padres habían negado cuando era chica, una y otra vez. Después me hizo probar el polvo químico y sin darme cuenta aspiré una cantidad tal que me hizo sentir que una mosca crecía adentro mío y pronto ocuparía mi lugar.

Martín me hizo su última propuesta de continuar. Le dije que no y vi por la ventana que estaba en auto y que junto a él había una chica.

Mi madre me llevó al registro civil a sacar mi documento de identidad. Lo había perdido por cuarta veza en menos de un año y la empleada me advirtió que podría parecer sospechosa. Lo guardó en su billetera para que yo no lo perdiese. Esa noche no dormí, la pasé con mi vecino preparando raras combinaciones de píldoras y productos químicos que le habían regalado.

Al día siguiente en el supermercado vino a mi mente la imagen de Martín y aquella otra mujer. Yo no debía estar muy bien, no recuerdo lo que pasó. Sí que tiré con bronca toda la pila de corn-flakes, rice-crispies, chococrispies, all brown. Después las jaleas Campagnola, Arcor y luego leches y yogures, quesos y dulces de leche. Hice correr los carritos por lospasillos. Me caí, me corté en los brazos y las piernas. Tenía el uniforme manchado y empujé a los clientes, a los otros empleados y hasta los de seguridad. Me subí a un 60 y no saqué boleto. En casa me metí en mi cuarto de chica. Dormí hasta el día siguiente. Esa mañana al despertarme mi mano buscó instintivamente la mano de Martín. El no estaba allí y no iba a estar nunca más. Mi madre me llamó a comer y me dijo que no me preocupara que ella arreglaría los destrozos del supermercado. Salí a la calle, fui a la plaza que solía ir de chiquita. Cuando el tren pasó los niños saludaron. Todo estaba igual que siempre. Estuve pensando toda la tarde qué hacer. Al día siguiente me inscribí en un curso de actuación.

Se reproduce aquí por gentileza de la autora

Resumen: *Pirovano es el narrador, un ex arquero que usa un guante de guardavalla permanente en su mano izquierda mutilada, para ocultar un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula secreta de su edificio se comunica con el Buenos Aires subterráneo por cuya red oscura se mueve. Al emerger es Catcher, agente de Magia, reclutado por el enigmático Subjuntivo hace años.*



21 FIERROS



Tardé quince minutos en llegar al destino elegido para la Emergencia. Me disponía a preparar todo para la transición cuando sonó el *beeper* con los mensajes de Mupi del mediodía. Me pasó el contenido del contestador de mi casa, del de la oficina y todas las novedades de las primeras horas de borramiento. No hacía referencia a Etchenique, por lo que supuse que las maniobras del veterano le habían pasado inadvertidas. No era un buen síntoma respecto de la seguridad del sistema.

No había grandes novedades: Roperito, que quería saber del Troglodita; los pibes del local de tatuajes, que tenían todo sobre Bowie; el fantasma Zambrano, que lo llamara –y me dejaba un teléfono–; Dolores, que quería entrar a casa a buscar algunas cosas y no tenía llave. Además, sobre el final, había un mensaje de Lacana: "Todo okey, Pirovano". Eso me garantizaba que el Troglodita descansaría en paz, al menos por unos días. El cadáver estaba en lugar seguro.

Apagué el *beeper*. Ese sería nuestro único y periódico modo de contacto durante veinticuatro horas.

Consulté el mapa por última vez y verifiqué que esa Emergencia era la mejor para moverme, ir y venir por el sector E-4. Recorrí la gama fosforescente que me ratificó la salida sin problemas. La E titilaba en espera. Siempre me producía un cierto vértigo de transición, como ese momento en que va a llegar un corner, viene largo y cerrándose hacia el vértice más lejano del área chica y hay que ir a buscarlo.

Revisé el 38, le hice su lugar, y miré el reloj por última vez. Me puse y me saqué lo necesario. Recién entonces introduje el terminal en la base de la E. Sentí la ola interior, la marea veloz que iba y volvía de los talones a la nuca, ida y vuelta, mientras la puerta de vidrio metálico se abría.

Entonces salí.

Catcher entró en el tercer subsuelo del estacionamiento ubicado bajo la plaza frente a la Recoleta y fue directamente a buscar el Mercedes. Subió, lo puso en marcha y mientras calentaba el motor sacó de la guantera lo que necesitaba. Se uniformó frente al espejo retrovisor y cuando se sintió satisfecho se puso en marcha. Trepó por las rampas como si se deslizara por un riel y al llegar al control de superficie el encargado lo recibió con una sonrisa de sorpresa y bienvenida:

–Hola, ¿cómo le va señor? Tanto tiempo...

–Bien, mi amigo. ¿Y cómo está Buenos Aires? Acabo de llegar.

–¿Esto? Inmejorable.

–¿En qué sentido?

–No hay forma de mejorarlo, señor.

–No crea: de donde yo vengo no se está mejor. Y hace frío ahora.

–Acá hace falta una mano dura.

–¿Acá en dónde? ¿En Racing? ¿En su Racing?

–En Racing también.

–Usted es un filósofo. Chacón. Todos los hinchas de Racing y encargados de estacionamiento lo son. Este es un país rico, mi amigo.

–Claro que sí.

–¿Qué le debo, Chacón?

El encargado entró por un momento en la cabina y volvió con el dato de la planilla:

–El mes que corre, señor.

Catcher sacó la billetera y eligió los más convincentes billetes de cien dólares que encontró. Agregó uno de veinte verdadero y los depositó en mano del encargado.

–Tome y quédese con lo que sobre... y, dígame: ¿cómo andan las cosas ahí arriba, en el Centro Cultural?

–Ahora no sé, señor. Desde que no está más su amigo de capo no me interesa, ¿sabe?

–Este país se come a sus hijos, Chacón.

–Seguro, señor.

–¿Usted sabe algo de pintura?

–No, qué voy a saber... Iba a veces, a tomarme unos vinos a las inauguraciones de su amigo: hablaba bien.

–Y no hablaba al pedo.

–Claro, señor.

–¿Y de fierros? ¿Sabe algo de fierros, Chacón?

El encargado arrugó la cara, retrocedió apenas:

–Tengo un 22 que nos da la empresa para...

–No. Esos no. Los fierros de sacar músculo. Los aparatos que están de moda ahora. ¿No sabe de algún gimnasio o instituto por acá?

–Son todos putos esos patos vica.

–¿Conoce o no? Algo nuevo, pesto con mucha guita.

–¿Para usted, señor?

–Tal vez, si es bueno.

Chacón pensó un momento y dijo:

–Sobre la paralela que corre así, al lado de la Biblioteca Nacional, acá, después de Plaza Francia y antes de llegar a Las Heras, hay un negocio donde venden esos aparatos. Atiende una mina que está muy fuerte... –y sonrió con dos dientes menos que la vez anterior que Catcher recordaba–. Vaya ahí y pregunte, jefe. En una de ésas...

–Seguro que sí. Gracias, Chacón.

Aceleraba cuando el encargado lo retuvo:

–Señor... –con una sonrisa–. ¿No tiene calor con eso siempre puesto?

–¿Los guantes? Yo soy como el Ratón Mickey.

Y ahora sí salió, con un breve y elocuente quejido de neumáticos.

Estacionó directamente en la puerta y bajó con un portazo. La música siguió castigando la vereda. La chica levantó la mirada del yogur e hizo a un costado la ensalada multicolor.

–Buen provecho.

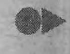
–Gracias. ¿Qué necesitaba?

Dio un giro olímpico que abarcó la totalidad del local, sus existencias:

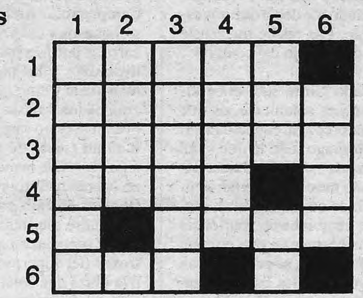
–Eso, eso, eso, eso, eso... y eso –dijo señalando al voleo.– ¿Paga con tarjeta?

–No: con otro fierro –y le mostró alevosamente el 38 a la cintura.

Mañana: 22.
De guante blanco.



Juegos



¿ANAGRAMA O SINONIMO?

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES
1. Copie.
2. Método.
3. Salvos.
4. Paro.
5. Rito.
6. Ose.

VERTICALES
1. Mírese.
2. Vara.
3. Inútil.
4. Ceder.
5. Rezó./ Ti.
6. Caso.

	1	2	3	4	5	6
1						■
2						
3						
4					■	
5		■				
6				■		■



ESCALERAS

ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.

A
SEIS
DOCE

B
CIMA
BASE

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

358							
		111					
5		26					
				9			
2			3				

CORRESPONDENCIAS

CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Tiempo loco

1. Lustro — **A. 2 años**
2. Endécada — **B. 5 años**
3. Bienio — **C. 11 años**
4. Centuria — **D. 100 años**

Opera

1. "Tosca" — **A. Mozart**
2. "Don Giovanni" — **B. Wagner**
3. "Traviata" — **C. Verdi**
4. "Parsifal" — **D. Puccini**

Ciudades

1. Recife — **A. Brasil**
2. Arequipa — **B. Perú**
3. Tijuana — **C. Cuba**
4. Camagüey — **D. México**

Actores

1. "9 1/2 semanas" — **A. Kevin Costner**
2. "Atracción fatal" — **B. Michael Fox**
3. "Volver al futuro" — **C. Mickey Rourke**
4. "Danza con lobos" — **D. Michael Douglas**

¿Anagrama o sinónimo?

EPICO■
MANERA
ILESOS
ROPA■C
E■TRIO
SEO■T■

Escaleras

A. Seis, reis, rela, rola, roca, roce, doce. B. Cima, cama, casa, case, base. (En el segundo caso, se da una de las soluciones posibles.)

Pirámides numéricas

358
152 206
57 95 111
18 39 56 55
5 13 26 30 25
2 3 10 16 14 11
2 0 3 7 9 5 6
2 0 0 3 4 5 0 6

Correspondencias

Tiempo loco: 1-B, 2-C, 3-A, 4-D. Ciudades: 1-A, 2-B, 3-D, 4-C. Opera: 1-D, 2-A, 3-C, 4-B. Actores: 1-C, 2-D, 3-B, 4-A.